

2015-01-01

Rumiar sobre el positivismo o transformar la práctica educativa pedagógica docente

Carlos Enrique Mosquera Mosquera
Universidad Santo Tomás, carlosfilosofo@hotmail.com

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ap>

Citación recomendada

Mosquera Mosquera, C. E.. (2015). Rumiar sobre el positivismo o transformar la práctica educativa pedagógica docente. *Actualidades Pedagógicas*, (65), 217-228. doi:<https://doi.org/10.19052/ap.2912>

This Artículo de Investigación is brought to you for free and open access by the Revistas científicas at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Actualidades Pedagógicas by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Rumiar sobre el positivismo o transformar la práctica educativa pedagógica docente

Carlos Enrique Mosquera Mosquera

Universidad Santo Tomás, Colombia

carlosfilosofo@hotmail.com



Resumen: Este artículo centra su reflexión en las críticas que se le suelen hacer a todo el sistema educativo tradicional desde la retórica, el discurso, pero poco se hace desde la práctica pedagógica docente. Para el autor, el problema de la decadencia del sistema educativo actual no es responsabilidad del Gobierno, de las leyes y reformas educativas, de las críticas que varios sectores de la sociedad hacen a la escuela, del modelo empírico-analítico, de las ciberculturas estudiantiles auspiciadas por la tecnología, del poco apoyo de los padres de familia a la escuela o del estado moribundo en que se encuentran elementos centrales como el currículo o la evaluación, sino de las prácticas pedagógicas docentes sin sentido, de la concepción que se tiene de la educación, de criticar rumiando el pasado y no hacer nada para el cambio. Más bien, se invita al cambio y a la transformación de la práctica pedagógica docente haciendo la clase de manera diferente.

Palabras clave: positivismo, práctica pedagógica docente, cambio, transformación.

217



Recibido: 1 de septiembre de 2014

Aceptado: 16 de febrero de 2015

Cómo citar este artículo: Mosquera Mosquera, C. E. (2015). Rumiar sobre el positivismo o transformar la práctica educativa pedagógica docente. *Actualidades Pedagógicas*, (65), 217-228.



To ruminate on positivism or to transform the pedagogical-teaching practice

Abstract: This article reflects on the criticisms often made to the traditional educational system from the perspective of rhetoric (of discourse), but little is done from the perspective of the pedagogical-teaching practice. For the author, the fall of the current education system is not the responsibility of the government, of educational laws and reforms, or of the moribund state of central elements such as curriculum or assessment, but it is the responsibility of senseless pedagogical-teaching practices, of the conception we have about education, of criticizing by ruminating on the past and doing nothing to change. Rather, the article invites to change and transform the pedagogical-teaching practice imparting the class differently.

Keywords: positivism, pedagogical-teaching practice, change, transformation.

218



Rumiar sobre o positivismo ou transformar a prática educativa pedagógica docente

Resumo: Este artigo concentra a sua reflexão nas críticas que acostumam fazer à todo o sistema educativo tradicional desde a retórica, o discurso, mas pouco se faz desde a prática pedagógica docente. Para o autor, o problema da decadência do sistema educativo atual não é responsabilidade do governo, das leis e reformas educativas, da crítica que vários setores da sociedade fazem à escola, do modelo empírico analítico, das ciberculturas estudantis oferecidas pela tecnologia, do pouco apoio dos pais de família à escola ou do estado moribundo em que se encontram elementos centrais como o currículo ou a avaliação, mas sim das práticas pedagógicas docentes sem sentido, da concepção que se tem da educação, de criticar refletindo sobre o passado e não fazer nada para a mudança. Ou melhor, se convida à mudança à transformação da prática pedagógica docente fazendo a aula de uma maneira diferente.

Palavras chave: positivismo, prática pedagógica docente, mudança, transformação.

Introducción

Se habla mucho sobre la educación que brinda la escuela. Los pedagogos, los presidentes, padres de familia, médicos, psicólogos, administradores, en fin, la sociedad entera habla sobre la educación. Muchos la responsabilizan en gran parte de los males que acongojan a la sociedad. Y no es raro, dado que la educación a veces parece que perdiera su horizonte, pues cuatro de sus componentes: pedagogía, currículo, evaluación y la práctica pedagógica han entrado en un periodo de decadencia y escisión, donde, a veces, se rehúsan al cambio.

Cabe aclarar que los conceptos de *pedagogía*, *currículo*, *evaluación* y *práctica pedagógica* son términos que nacen con la aparición de la escuela en la modernidad, en el siglo XVIII, especialmente en Francia, donde se buscaba el adiestramiento, la obediencia y la disciplina del sujeto para la guerra y el trabajo.

Desde aquellos tiempos esos elementos han ganado importancia dentro del proceso educativo centrado en la escuela, pues la concepción que se tenía en la Antigüedad de educación era distinta a la de hoy. Por ejemplo, aunque existían escuelas como la academia de Platón, no eran espacios cerrados, ni se aadiestraba a nadie. La educación consistía en el pleno desarrollo de la reflexión, la confrontación y la discusión entre sujetos, no había intervención para transformar la mente de la persona. La intervención de la mente individual es un invento de la escuela moderna guiada por diversos intereses: políticos, sociales, económicos, religiosos y culturales.

Esta aclaración es pertinente, porque se pretende en este artículo proponer cambios desde la dinámica actual del fenómeno educativo, comprendiendo la diferencia entre escuela y educación. También para recordar al docente no rumiar siempre el pasado, pues este, aunque tenga muchas cosas buenas o negativas, ya pasó, y las circunstancias de tiempo, modo y lugar ya no son las mismas. Esto se afirma porque, lamentablemente, las prácticas de muchos docentes se alimentan con discursos, por lo que se recuerda cómo

era la educación en el pasado o los hechos nefastos y negativos del modelo educativo tradicional. La sociedad avanza y ello imprime nuevas dinámicas.

El docente debe estar preparado para afrontar esas dinámicas. Parafraseando a Hegel, toda época construye su verdad, y hoy estamos llamados a construir la nuestra, bajo nuestras circunstancias. No se debe pretender que la historia sea estática, todo cambió y con ello la educación y sus forma de enseñar. Es decir, cada verdad está circunscrita en un espacio y tiempo de la historia; nuestro reto es plantear nuevas verdades a partir de los fenómenos que enfrentamos en la escuela. Uno de los mecanismos para construir esas verdades, que propenda a la mejora en la educación desde la escuela, es la capacidad que pueda tener el docente de transformar sus prácticas pedagógicas, haciendo que el estudiantado sea protagonista de su educación; el docente solo debe habilitar espacios de orientación y vocación.

Desarrollo

220

Diferentes autores advierten sobre la decadencia de la educación desde la escuela. Jorge Andrés Medina (2006) es uno de los que responsabiliza la filosofía positiva a partir del siglo XIX, porque esta empieza a preocuparse más por formar sujetos intelectuales, eficientistas, con un alto dominio tecnológico, en detrimento de las dimensiones afectivas, solidarias, sociales, espirituales, emocionales y afectivas.

Otros culpan a las leyes con sus reformas educativas que empobrecen la pedagogía, el currículo y la evaluación; de igual modo, hay personas que culpan a la avalancha de la tecnología, especialmente a internet, que, a veces, con el uso inadecuado, desinforma, vuelve a los estudiantes perezosos porque todo el tiempo se la pasan chateando, jugando o copiando literalmente textos para responder a una determinada tarea, o al uso de celulares por parte de estudiantes en clase, que incomoda a los docentes, porque en ocasiones interrumpe las clases.

También algunos argumentan que las críticas constantes a las que es sometido el docente por varios sectores de la sociedad lo desmotivan, haciendo que su trabajo se empobrezca. Asimismo por la pérdida de autoridad del maestro frente a los discentes.

Aunque existen estos problemas y otros más, la decadencia de la educación no se debe tanto a aspectos externos al docente, al contrario, el meollo está en el interior de quien está llamado a educar. El problema es de praxis

educativa, de concepción y de rumiar y no hacer nada para hacer las cosas diferentes. Incomoda seguir escuchando oratorias elocuentes de distintos sectores de la sociedad al estilo de la política sobre la crisis de la educación, y se continúa desde el accionar docente haciendo siempre lo mismo.

¿La filosofía positivista en la escuela es el mal de la educación?

Existe abundante literatura que hace sendas exposiciones sobre las circunstancias que originaron la aparición de la escuela en la modernidad, y se afirma que la formación que se recibe no es educación, sino adiestramiento, donde el estudiante es tratado como manufactura de un producto, de forma homogénea; que la escuela es una cárcel antes que un lugar donde se educa, porque está pensada para un mundo diferente al que se vive. Que a la escuela solo le importa alcanzar estándares que indican qué se debe enseñar y aprender. Que las evaluaciones censales son excluyentes, fomentan la competencia y no la formación, y que somos hijos de la filosofía positiva que ha permeado la cultura occidental, donde “estas disociaciones culturales es un verdadero sistema de oposiciones y exclusiones nos constituye y nos forma” (Medina, 2006, p. 33); en fin, se podría pensar que la cultura occidental está perdida en su sistema educativo cosmético.

Aunque lo arriba expuesto sea lógico y mucho de lo dicho sea verdad, ¿qué se puede hacer desde la labor docente si se es parte de ese mismo sistema? Muchos podrían pensar que nada porque se nace en esa cultura marcada por los vestigios del paradigma positivista, que pretende formar hombres que respondan a las exigencias y dinámicas de la modernidad, descuidando lo humano de lo humano, y enfrentarse a este paradigma es casi que imposible.

En tal sentido, Guillermo Londoño Orozco y Crishian Díaz proponen que el docente no debe quedarse solo en la crítica vacía, porque “más que la crítica a las estructuras y procedimientos, es al tipo de racionalidad e intencionalidad a todo tipo de formalismo. El ser crítico, implica tomar distancia de las realidades videntes y develar lo que hay detrás de ellas” (2011, p. 239).

Tomar distancia respecto a unos procedimientos es actuar de manera diferente. He ahí el yerro de quienes pensarían que bajo la crisis no se pueden gestar cambios. Precisamente, desde esas condiciones se puede hacer

mucho, pues la misma crisis cuando toca fondo propicia el cambio. Es dar un salto que privilegie la formación humana que potencie y desarrolle las dimensiones que hacen del sujeto un ser humano y no un ser mecánico. Esta transformación se puede dar desde la práctica pedagógica docente. ¡Basta ya de rumiar sobre lo negativo de los diferentes paradigmas!, en especial del tradicional, y seguir haciendo lo mismo.

Es imposible un cambio si se continúa haciendo siempre lo mismo. Hagamos pues cosas diferentes, innovadoras, desde la práctica pedagógica docente. La práctica pedagógica viene a ser el arte de la educación; es arte de la educación porque, según Durkheim, citado por Antonio Bolívar: “[...] es el saber hacer del educador” (2008, p. 24).

Dar el paso al cambio a pesar de la resistencia que ello implique, significa instaurar procesos y estos son lentos, requieren tiempo y dedicación, pero eso tampoco es impedimento para que no se dé la transformación que necesita la educación.

¿Empobrecen la educación las leyes y las reformas educativas?

222

Hay maestros que expresan sentirse limitados al realizar procesos de enseñanza innovadores donde el estudiante se sienta bien, se sienta a gusto, sienta que sus intereses y expectativas han sido colmados, porque, según ellos, la ley y las reformas educativas lo prohíben, o limitan al maestro la realización de muchas actividades para enriquecer el proceso de enseñanza, como las salidas de campo, dado que están muy restringidas, los descansos o recreos parecen una prisión donde el estudiante es vigilado en todo momento por el docente de turno.

No hay actividades lúdicas, se prohíben porque son muy pesadas y ante algo malo que pase, alguien debe responder, y ese es el docente que dirige. Es decir, el maestro siente miedo a verse involucrado en procesos penales y disciplinarios por situaciones fortuitas que le puedan ocurrir a un estudiante en una salida de campo o porque el colegio se vea obligado a responder por lo que le pueda pasar a un alumno dentro o fuera del salón de clases.

También expresan que los currículos están diseñados por personas que no hacen la clase, el docente viene a ser un funcionario que cumple un horario de veintidós o más horas semanales desde un estilo catedrático por grados o niveles. Esos currículos y el sistema institucional de evaluación

y promoción de estudiantes (Siepe) están por fuera del discente, dado que aprende de una manera robótica: lee y estudia solo para pasar a los grados siguientes. Parece que la planeación educativa persigue así como único objetivo que el estudiante sea promovido, sin importarle su formación integral.

En tal sentido, teóricos como Joseph Schwab (citado en Kemmis, 1986) afirman que el currículo está moribundo, solo lo sostienen las teorías, o según Habermas (citado en Grundy, 1998), el currículo responde a unos intereses fundamentales que suponen la reproducción de los diferentes intereses que mueven a una sociedad.

Generar un cambio para las prácticas educativas y desde estas mismas no resulta fácil pero tampoco imposible. El cumplimiento de la ley o acatar las reformas educativas no debe ser una excusa que coarte las posibilidades para que la pedagogía salga del estado huérfano en que se encuentra actualmente. Sin incurrir en la ilegalidad, se pueden desarrollar prácticas pedagógicas docentes innovadoras.

El problema de la educación en la escuela no es tanto el de cumplir fielmente determinada ley o norma, más bien es el de la actitud que asume el docente frente al fenómeno educativo y el de la concepción de educación que tenga, porque de acuerdo con el tipo de concepción de educación que tenga el docente, así será su práctica pedagógica, dado que esa concepción permea toda su labor.

Para esta labor, se requiere que el docente sea como un campesino cuando va a talar un árbol: debe buscarle la comba al palo con su hacha hasta derribarlo. Hay que buscarle el lado a la cosas, o al señor sistema, tal como se buscan y se organizan las fichas de los rompecabezas hasta armarlos. Ese es el nuevo desafío para el profesorado: armar, innovar, hacer las cosas diferentes si se quiere la transformación.

Ahora bien, pretender cambiar todo el andamiaje de las instituciones educativas, así como las prácticas pedagógicas de muchos maestros de un momento a otro como por arte de magia, sería magnífico, más no real, y el verdadero cambio se necesita que sea real; por tal motivo, demanda tiempo instaurar procesos que pueden ser largos. Se propone que el docente, antes de tratar de convencer a otros, cambie sus prácticas, empiece cambiando las de él mismo, no hay mejor ejemplo que el propio, el sujeto que da e irradia a otros, pues con esa actitud comienza el cambio.

En consecuencia, Nelson Ernesto López Jiménez (1996) propone dos conceptos por tener en cuenta: *pertinencia académica* y *pertinencia social*,

para que los maestros se hagan visibles, proponiendo prácticas innovadoras que permitan creer internamente a las instituciones; y en lo social, proyectarse a su contexto. Todo ello es posible si se replantea el Proyecto Pedagógico Institucional (PEI), y se renuevan constantemente las prácticas pedagógicas.

Siempre se ha criticado por qué las instituciones van hacia un lado y por otro los problemas de la sociedad, culpando al modelo tradicional que ha imperado y reinado en las escuelas, donde lo memorístico es triunfador. La propuesta de Nelson López abre un camino diferente que permite superar esta vieja concepción que tanto se ha criticado.

¿La avalancha de la tecnología es un mal para el estudiantado?

He visto a profesores salir ofuscados de sus clases porque los estudiantes utilizan el celular en clase. He visto casos donde el docente decomisa celulares y computadores. Precisamente aquí la pedagogía, con la ayuda de la didáctica, debe repensar su papel y establecer relaciones dinámicas con los avances tecnológicos. El docente puede hacer que sus clases sean más interesantes para el estudiante utilizando el mismo celular de ellos como herramienta para las clases. Un profesor tranquilamente puede subir a su *blog*, página *web* o Facebook, un texto, reflexión o video, y que cada estudiante desde su celular en la clase lo lea. De esta manera, la pedagogía y la didáctica del profesor no chocan con la cibercultura que hace parte de los estudiantes de este sistema moderno.

La pedagogía está moribunda, no por la avalancha de la tecnología, sino por la ausencia de iniciativa innovadora del docente. Luchar contra esta era de la tecnología es una lucha perdida, se trata, más bien, de mirar qué elementos puede aportar esta para enriquecer los procesos de educabilidad.

Debe ser superado el mito de que la tecnología desplaza a los docentes emigrantes digitales, al contrario, cada vez resulta más claro que la utilización de la tecnología en la educación depende en gran medida de la actitud que tenga el maestro hacia esta, de su creatividad y, sobre todo, de la concepción que este tenga de la tecnología.

La labor del profesorado se hace más creativa. Ya no es un orador, un instructor que se sabe la lección; ahora es un asesor, un orientador, un facilitador o mediador que debe ser capaz de conocer la capacidad de sus

alumnos, de evaluar los recursos y los materiales existentes o crear los suyos, adaptándolos a entornos favorables al aprendizaje, basados en el diálogo, la confianza y la concertación con los discentes.

Si se logra este objetivo desde la práctica pedagógica docente, haciendo lo que cree debe hacer, es decir, dar al sistema lo que es del sistema y al niño lo que es del niño, lo que él necesita, se crean de este modo ambientes propicios donde el docente debe actuar como un gestor del conocimiento y orientar el aprendizaje, tanto en el nivel general de toda la clase, como individualmente en cada alumno, y eso se llama *cambio*, porque es la transformación real, es un paso hacia realizar las cosas de forma diferente a como se han venido haciendo en la educación desde la escuela.

¿Está el docente enfrentado a diversas críticas de sectores de la sociedad?

El docente siente que el padre de familia no acompaña al maestro en los procesos académicos, más bien está pendiente para ver en qué falla el docente, para criticarlo. El docente en muchas ocasiones piensa que el padre de familia está más pendiente de su accionar y de su vida privada que de la formación de sus propios hijos, porque cuando pide ayuda al acudiente, este es negligente y su apoyo es muy pasivo.

Si bien es cierto que lo anterior no dista mucho de la realidad que se vive en la escuela, se recuerda que el docente es una figura pública, y como tal, está destinado a la crítica y al escarnio público, además, ¿cuál es el miedo a ser censurado? La censura en cierta medida permite crecer, mejorar. Si no existiera la crítica no habría cambio. Los cambios que se han dado en todo el hilo que conduce la historia de la Edad Antigua a la Moderna, de la Moderna a la Contemporánea, han sido gracias a la crítica constante de lo que se cree no marcha bien.

El argumento anterior precisamente da motivos para proponer formas nuevas de hacer la educación, ya se ha criticado demasiado el paradigma empírico-analítico, se ha hecho mucho desde la teoría, pero poco por transformar la práctica pedagógica docente desde el mismo accionar docente.

Magnífico sería que el docente grabe sus clases para que después se siente a revisar qué debe mejorar o darle a revisar el video de sus clases a un docente, al rector o padre de familia. Cuando las cosas se hacen bien no hay espacio para el miedo. Una buena práctica pedagógica aguanta aires

huracanados de críticas, mejora lo que hay que corregir y se mantiene erigida como un roble centenario.

Además, permite que el docente reflexione constantemente sobre su quehacer. Al respecto, Philippe Perrenoup afirma que aunque “en un momento u otro, todo el mundo reflexiona, en la acción, o bien sobre la acción, sin que por ello en un practicante reflexivo. Es necesario distinguir entre la postura reflexiva del profesional y la reflexión episódica de cada uno en su quehacer” (2007, p. 12).

Sin duda alguna, la propuesta de Perrenoup es una invitación a la verdadera práctica reflexiva, que promueve un carácter, una especie de identidad o hábito del docente. Esto es interesante dado que no hay espacio para que las intenciones del maestro solo se queden en el discurso. Ese es otro mal en la educación, el discurso vacío que se queda solo en buenas intenciones. Es decir, el docente ha reemplazado su práctica pedagógica por el discurso ligero, inmediatista, que enciende motores momentáneamente hacia el cambio, pero que lentamente se apaga porque no hay coherencia entre el discurso y la práctica docente, y esto se ha convertido en una especie de círculo vicioso en el gremio.

226

Si el remedio para superar los problemas de la educación fuera el discurso, la retórica, todo estaría solucionado, con tantas personas que opinan sobre esta, porque hay discursos mágicos que enamoran, hacen que el sujeto que los escucha trascienda con su imaginación a otro mundo. Pero la solución al problema de la educación no es de discurso, sí de realizar prácticas pedagógicas con sentido y pertinencia.

¿Ha perdido autoridad el docente frente al estudiantado?

Este es otro tema que debe ser superado. Muchos docentes piensan que han perdido autoridad ante los estudiantes, o los directores en las escuelas argumentan que el docente no infunde disciplina, porque los estudiantes brincan, caminan por los pasillos, o porque no quieren más ser un recipiente que de manera estática almacena la información que el docente inculca, sin moverse del puesto.

El docente de hoy es inquieto, se mueve, pregunta, participa, evoca el disenso frente a lo que él cree no es cierto o cuando no está de acuerdo con el profesor. Ello no significa que el docente pierda o no tenga autoridad en sus clases. Más que preocuparse por impartir autoridad, sería más

necesario preguntar al docente: ¿cómo hacer para educar u orientar la emocionalidad del estudiante? La risa, el diálogo, el deseo de participación, moverse en el salón, el desacuerdo por visiones diferentes son aspectos inherentes a la naturaleza humana que afloran en todos los espacios, y la escuela no es la excepción, lo que se debe hacer es manejar los momentos de la clase antes que ofuscarse y perder el control.

Sería mejor cambiar el término *autoridad en el salón de clase* por otro más pedagógico: *buen manejo de grupo*, claro, dando cabida al disenso, al consenso, al diálogo. Caso contrario a que el docente se convierta en un dictador, donde el estudiante no pueda moverse y expresar lo que siente por temor a ser sancionado o castigado por el profesor.

El buen manejo de grupo no se propicia por la severidad y la actitud déspota que algunos docentes irradian en sus clases, demostrando un carácter fuerte que infunde miedo; el respeto se gana demostrando dominio de las clases, enseñando con el ejemplo, y esto se logra innovando constantemente prácticas pedagógicas. La mejor manera de imprimir autoridad a las clases o más bien manejo de grupo, es que los docentes hagan que los estudiantes se enamoren de sus clases. Cuando los estudiantes se enamoran de las clases, están más interesados y, por esto, están más prestos a aprender.

Un maestro se da cuenta cuando los discentes están enamorados de sus clases, cuando el docente se demora para ir al salón por cualquier circunstancia fortuita y el estudiante va y lo busca, o según la atención que presten los escolares en el salón de clases, su participación y el interés que demuestren por aprender, siguiendo muchas de las orientaciones del docente. De esta manera, se siembra en el estudiante conciencia de que es él y no otra persona el protagonista de su vida y educación, y nadie aprende por él lo que él tiene que aprender por sí mismo.

Conclusiones

Se habla mucho y se critica mucho la educación, pero poco se hace por esta desde la práctica pedagógica del docente. El profesorado no ha de vivir y fundamentar su labor recordando el pasado, las formas antiguas de educar, las tantas cosas negativas que evidentemente tiene todo el paradigma positivista que ha cabalgado por siglos la educación desde la escuela.

Se invita al profesorado a que no busque terceros responsables de la decadencia de la educación: Gobierno, padres de familia, reformas educativas,

pérdida de autoridad, estudiantes, el señor sistema, el uso inadecuado de las tecnologías y la filosofía positivista, etcétera; y, más bien, revise su práctica pedagógica docente y trate de hacer las cosas de forma diferente, las prácticas que crea deben ser mejoradas. De esta manera, se comienzan a instaurar procesos lentos que producen el cambio y la innovación en la educación desde la escuela.

No debe haber miedo a la transformación de su práctica pedagógica docente, hoy más que nunca se necesita enriquecer la pedagogía, la didáctica, el currículo y la evaluación, dado que son elementos insertados dentro del sistema escolar de mucha relevancia para la escuela. Precisamente a través de ello se puede repensar la educación y oxigenarla.

La práctica pedagógica docente necesita volver al juego, a la experimentación, porque produce gozo, emoción. El juego bien orientado deja enseñanza y esa enseñanza, conocimiento, es decir, a través del juego se construye conocimiento y el sujeto se aleja de las respuestas prefabricadas. El juego hace que las clases sean diferentes y los estudiantes no las vean como un espacio de tedio y aburrimiento.

228

Referencias

- Bolívar, A. (2008) *Didáctica y curriculum: de la modernidad a la postmodernidad*. Málaga: Aljibes.
- Grundy, S. (1998). *Producto o praxis del curriculum*. Madrid: Morata.
- Kemmis, S. (1986). *El currículum más allá de la teoría de la reproducción*. Madrid: Morata.
- Londoño, G. y Díaz, C. J. (2011). Pensar y orientar prácticas pedagógicas y currículos desde un enfoque crítico. En C. Díaz y D. Sarmiento (Eds.), *Currículo y práctica docente: voces y mirada con sentido crítico* (pp. 235-253). Bogotá: Unisalle.
- López, N. E. (1996). *Modernización curricular de las instituciones educativas los PEI de cara al siglo XXI*. Bogotá: Libros y Libres.
- Medina, J. A. (2006). *El malestar en la pedagogía: el acto de educar desde otra identidad docente*. Buenos Aires: Novedades Educativas.
- Perrenoup, P. (2007). *Desarrollar la práctica reflexiva en el oficio de enseñar* (4ª ed.). Madrid: Grao.